

Una cama para tres

Yolanda Reyes

Ilustraciones de Ivar Da Coll





ESTE libro
PERTENECE a:





© Del texto, 2003: YOLANDA REYES

© De las ilustraciones, 2003: IVAR DA COLL

© 2008, DISTRIBUIDORA Y EDITORA AGUILAR, ALTEA, TAURUS, ALFAGUARA, S.A.

© De la edición: 2014, DISTRIBUIDORA Y EDITORA RICHMOND S.A.

Cra 11 A No. 98-50 Of. 501 Bogotá, Colombia

© 2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.

© De esta edición:

2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4688-4

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: xxxxx de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHUMILLAS y JULIA ORTEGA

Reyes, Yolanda

Una cama para tres / Yolanda Reyes ; ilustrado por Ivar Da Coll. - 1a ed. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

32 p. : il. ; 19 x 16 cm. - (Amarilla)

ISBN 978-950-46-4688-4

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Da Coll, Ivar, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Una cama para tres

Yolanda Reyes

Ilustraciones de Ivar Da Coll



loqueleo

*Para Helena, Sara y Francisca
(pero cada una en su propia cama)...
y para las señoritas Morales
(pero en recreo).*



Hacía muchas pero muchas noches que Andrés no quería irse a la cama. Tenía miedo de las pesadillas.

Mamá lo llamaba desde la ventana:

—Andrés, a la casa.

Andrés daba vueltas en la rueda-rueda.

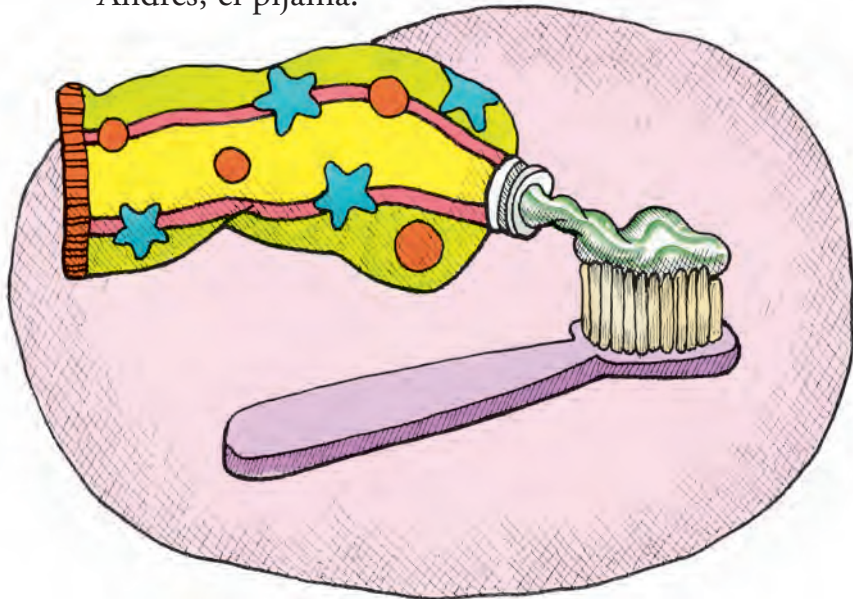
—Andrés, a comer.

Andrés revolvía la sopa con la cuchara.

—Andrés, lávate los dientes.

Andrés recorría con el cepillo todos los dientes, hasta que quedaban relucientes.

—Andrés, el pijama.







Andrés se enredaba entre el pantalón.

—Andrés, a la cama.

Andrés hacía un nudo con las cobijas, hasta que mamá lo desenredaba.

—Pero antes de dormir, cuéntame un cuento.

Y mamá le contaba un cuento.

—Y colorín colorado, este cuento se ha acabado

—decía la voz de mamá, cuando Rizos de Oro salía corriendo por el bosque.

Pero Andrés necesitaba más cuentos.

Mamá seguía con Caperucita Roja. Y lo contaba larguísimo para que a Andrés le diera sueño:

—La mamá de Caperucita mandó una canasta llena de cosas para la abuelita. ¿Quieres saber qué cosas llevaba Caperucita?

—¿Qué llevaba? —decía Andrés.

—Una botella de leche, unas tortitas de miel y galletas de vainilla.







—¿Y qué más?

—Un cuarto de mantequilla, una docena de huevos y medio kilo de harina.

—¿Y qué más? —volvía a preguntar.

—Sal, pimienta y nuez moscada... y un litro de limonada...

—¿Y qué más?

—Una esponja, un estropajo y jabón para los platos —seguía la voz de mamá, por todo el supermercado.

Andrés bostezaba de aburrimiento. Pero ni por eso se dormía.

—Esto es verdad y no miento y por hoy se acabaron los cuentos —decía mamá, también aburridísima con la historia.

Nunca era suficiente. Andrés quería más cuentos.

—El último, por favor.

Entonces mamá, desesperada, le contaba un cuento que es solo contar ovejas. Y contaba diez ovejas y contaba veinte ovejas y llegaba hasta cincuenta, pero Andrés quería seguir con las cuentas.

Hasta que mamá se quedaba ronca y furiosa. Con una voz muy feroz, exclamaba:

—¡Te duermes inmediatamente y ni una oveja más!

Mamá apagaba la luz. Así, sin luz y sin voces, la noche parecía más sola.

—Mamá, ¿por qué se hace de noche y luego de día y luego otra vez de noche y luego otra vez de día?

—Porque sí —decía mamá.

Porque sí no significa nada, pero a mamá no le importaba. Quería irse a dormir a su cama. Y al fin desaparecía.





Andrés se quedaba solo. Solo con la noche, temblando de miedo. En ese mismo momento, veía a un dragón asomado a la ventana.

Andrés se tapaba la cara con las cobijas. Pero al dragón no le importaba y se metía en el cuarto.

El dragón se movía detrás de la cortina. Andrés se hacía el que no lo había visto. Pero el dragón se sentaba a la orilla de la cama.